

CAPÍTULO XLVIII. *En que se trata de lo que hizo esta armada en la bahía de San Bernabé, que es en el Cabo de San Lucas y punta de la California, y de lo que allí se descubrió, y de la salida que de allí hizo esta armada*



OR HABER ENTRADO ESTA ARMADA en la bahía dicha el día de San Bernabé, como en el capítulo pasado se dijo, se llamó de San Bernabé; la cual luego como entró en ella y surgió cerca de tierra y estando cogiendo y plegando las velas vieron los de ella que en la playa había un grande número de indios desnudos, todos con arcos y flechas y algunos de ellos con dardos en las manos; los cuales con gran grito y vocería y echando arena con las manos en alto, parecía llamaban a los de los navíos. Visto esto por el general, dio orden en que las barcas de las naos se aprestaran, y que algunos soldados tomaran sus armas para ir a tierra a reconocer aquellos indios y a saber lo que querían; y así se embarcaron en las barcas el general y el almirante y los tres religiosos y otros capitanes, con una docena de soldados, todos armados con arcabuces y cuerdas encendidas; y ya que llegaban a la playa las barcas, viendo los indios tanta gente y armada, les causó espanto y temor; y así se retiraron a un altillo que allí había para ver y estar seguros en sus personas, si el trato de la gente, recién llegada, les fuese algo molesto. Saltó toda la gente en tierra y queriendo llegarse a los indios ellos se retiraban; y para atraerlos a paz y a comunicación el padre fray Antonio de la Ascensión, recibida la bendición de su comisario, se fue solo a los indios, y con señas y ademanes que él les hizo le aguardaron y se llegó a ellos y los abrazó a todos con mucho amor; y ellos pusieron en el suelo las armas y por señas le hicieron sentara con ellos y que a los demás les dijera no se llegaran allí; y que dejaran las armas de las manos como ellos lo habían hecho. El padre fray Antonio lo hizo así y llamó a un negro que traía en una espuerta o tanate, un poco de bizcocho para repartirlo entre ellos; y el negro se llegó y ellos se holgaron mucho con ver el negro; y le dieron a entender tenían ellos amistad y trato con algunos negros; y que por allí cerca debía de haber alguna población de negros; en este interin el general y almirante dejaron las armas y ellos y los dos religiosos se vinieron adonde el padre fray Antonio estaba; y los indios se estuvieron quedos y tomaron cuanto allí se les dio de cuentas y dijés; y estaban con recelo y temor, no les sucediese algún desmán; y así, habiendo tomado bizcocho y otras cosillas que el general y almirante y los religiosos les dieron, se fueron muy contentos a sus rancherías. Idos los indios, el general con los demás comenzaron a andar de una parte a otra; y llegándose a unos carrizales verdes que había cerca de la playa, hallaron entre ellos una laguna de muy linda agua dulce y sabrosa; y ya que la tarde se iba acabando, llegaron al abrigo de unas peñas, que casi baten las olas de la mar. En ellas hallaron en la arena y entre las pe-

ñas grandísimo número de sardinas medianas que con la resaca quedaban en seco, las cuales huyendo de otros peces mayores, se venían a la orilla de el agua; y como eran tantas, la resaca de la mar las sacaba fuera y no las volvía al agua, por dar en la arena y quedar en seco. De las sardinas que se cogieron a pie enjuto, de las que estaban en seco, cenaron todos los de la armada y comieron el día siguiente. Este día se hallaron en la playa muchos y grandes montones de conchas de ostiones de perlas, tan lindas y resplandecientes que, medio enterradas con la arena y heridas con los rayos de el sol, hacían parecer ser el arenal un cielo estrellado, tan apacible a la vista que más no se podía desear; de lo cual se podrá entender la mucha riqueza que por allí puede haber de perlas preciosas de muchos quilates. Al abrigo de las peñas, que dije, mandó el general que luego se armase una grande tienda para que allí se hiciera altar y los religiosos dijieran misa los días que allí se detuviesen, como lo hicieron siempre; y el día de la octava de el Corpus, los religiosos celebraron allí la fiesta y se hizo una solemne procesión, con el Santísimo Sacramento y con una imagen de bulto de Nuestra Señora del Carmen, que los religiosos llevaban para consuelo de todos; y este día confesó y comulgó toda la gente de la armada y hubo misa cantada y sermón, que para todos fue de mucho consuelo.

Aquí en esta bahía se detuvo esta armada algunos pocos de días hasta que la luna hiciera la conjunción y en el ínterin se hicieron algunas obrillas en los navíos y tomaron agua y leña y con los chinchorros y redes, que cada navío llevaba, cogieron mucho pescado, de especies muy diferentes y todo muy sabroso y sano. Y porque se sepa qué especies había, después diré las que yo vi: cogiéronse chernas, pargos, meros, cornudas, cazones, tiburones, mantas, lizas, salmones, atrenes, esmeregales, sardinas, ostrones, rayas, chuchos, caballas, roncadores, barberos, bonitos, puercos, lenguados, sirgeros, lagartijas y ostiones de perlas. La tierra es muy fértil, sana y de muy buen temple; es llana y acomodada para poderse cultivar; hay en ella mucha caza montesina y de volatería, como son: conejos, liebres, venados, leones, tigres, palomas torcaces, codornices. Hay de árboles, higueras, brezos, pitahayas, lantiscos e infinitades de ciruelos, los cuales echan, en lugar de resina o goma, incienso, en grande cantidad y muy fino y oloroso. Las ciruelas no las vi que tales fuesen en el gusto, porque estaban pequeñas y verdes. Dicen los que estuvieron en las Californias, son muy sabrosas y de buen gusto. Y más, puédense hacer muy lindas salinas, porque una laguna que hay allí de agua salada, que cuando hay suestes, la echa allí la mar, estaba toda llena de muy linda sal. Los indios acudían al real o tienda, donde se decía misa, y trajeron muchas cosillas que dieron al general y a los soldados, como fueron pieles de venados, león, tigre, aderezados por la carnaza, cepillos de algodón y redezuelas, curiosamente labrados. Los indios andan desnudos y usan copetes y en ellos ponen cuantas cosas hallan que les parezcan vistosas. Algunos de ellos tenían los cabellos rubios, usan embijarse de blanco y negro y son afables, alegres, agradecidos y gente de buenas entrañas y un natural dócil.

En esta bahía fue donde el inglés, que robó la nao Santa Ana, que venía de Filipinas los años pasados, echó en tierra la gente que en la nao venía y habiendo robado lo que quiso de ella le pegó fuego y se quemó hasta lo que estaba fuera del agua, y lo que quedó debajo de ella con las olas lo echó la mar en esta bahía y los que allí estaban, sin remedio, entraron dentro y echando el lastre a la mar, quedaron con suficiente bajel para venir hasta Acapulco con unas bandolas que le pusieron. Estos españoles trajeron de allí, atados y por fuerza, una india y un indio; y este daño le tienen los naturales de aquella tierra tan presente, que lo lloran hoy día, y por esta causa no querían comunicar, ni tratar mucho con los de la armada, por temor de que no les sucediera otro tanto. Hase dicho esto, porque haya advertencia en no hacer mal a gente semejante, pues esto puede ser estorbo para que no quieran jamás darse de paz, ni creer a los españoles, aunque les prediquen el evangelio; porque no desea el demonio otra cosa, sino darles alguna asilla para que no se conviertan a nuestra santa fe.

Aquí se repartió parte de la ropa y munición que se llevaba para los soldados, que se le dio de parte del rey a solo coste y costas a cuenta de sus sueldos, con que la gente se remedió mucho. En este medio se llegó el día de la conjunción de la luna y pareciendo demostraba buen tiempo, el general mandó se recogiera a las naos lo que había en tierra y juntamente que toda la gente se embarcara; y el día de la conjunción, a la media noche, que fue miércoles, tornó a salir esta armada de esta bahía para proseguir su navegación; y cosa de tres leguas de allí, sobrevino un viento norueste con tanta furia y fuerza, que no pudiéndolo reparar ni resistir la fragata, se tornó otra vez a la bahía donde había salido, y la capitana y almiranta la siguieron por no desampararla y dejarla sola; tres veces salió esta armada de esta bahía y otras tantas a pesar suyo, tornaron a entrar en ella; porque el viento era fortísimo y la mar andaba bravísima, que parecía querer anegar la tierra. Bien se entendió que el enemigo del género humano era el que levantaba aquestas tormentas y borrascas, porque esta armada no pasara delante y se tornara a la Nueva España; mas como el celo con que todos iban de descubrir lo que en aquestas tierras había, para que los naturales se convirtiesen a nuestra fe católica, no hubo en la armada hombre que no fuese de parecer de que antes habían de perecer que desistir de su viaje. Y así determinaron de dejar el barco luengo, que la capitana llevaba por popa, en la laguna de agua dulce que dije había en esta bahía, para poder, sin estorbo, barloventear y correr a lo largo por la mar y apartarse de tierra, por si engolfados en mar alta la fuerza del viento les dejase ir adelante; y así se hizo, como lo propusieron. Y viendo que el viento se había sosegado y que la mar estaba algo quieta y sosegada, salió otra vez que fue la cuarta y fue Dios servido que con barloventear de una vuelta y otra, fueron algo adelante en su viaje, aunque la fragata no podía tener con las dos naos; y fue esta salida última a 5 del mes de julio.